

## IX. LA PRIMERA UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON

Los acuerdos logrados entre el Gobierno del Estado, encabezado por el Lic. Eduardo A. Elizondo como Gobernador, y los dirigentes del movimiento estudiantil-magisterial en lucha por la autonomía de la Universidad de Nuevo León, a fines de Diciembre de 1969, que pusieron fin al paro de mas de dos meses que mantenían los universitarios, cuyos órganos de dirección más calificados eran el Consejo Estudiantil y el Comité Ejecutivo del Sindicato de Trabajadores de la UNL, constituyeron el punto más alto al que pudo llegar la izquierda liberal avanzada y las diversas tendencias socialistas y comunistas presentes en la Máxima Casa de Estudios del Estado. Debemos añadir en esto, que dentro de esa abigarrada variedad de tendencias, la iniciativa política la mantenía desde hacia varios meses los militantes del Partido Comunista entre los maestros, y los de la Juventud Comunista entre los estudiantes.

Esto se comprobó porque al asumir su puesto como Rector Interino el Lic. Enrique Martínez Torres, con la triple encomienda de vigilar el nombramiento definitivo de los Directores de las Escuelas y Facultades; instalar la Comisión Paritaria que debía elaborar el proyecto de nueva Ley Orgánica para la Universidad e instalar finalmente al nuevo Consejo Universitario para que éste eligiera de inmediato al nuevo Rector, pudo hacerlo con dificultades cada vez menores, pues los estudiantes pusieron en marcha una serie de consultas en las sociedades de alumnos y en el Consejo Estudiantil, sobre sí se aceptaba o no la legislación decretada en noviembre 26 y en consecuencia, sí regresaban o no a las aulas para reponer el tiempo utilizado en el movimiento. Para el 4 de diciembre, puede decirse que la Universidad estaba funcionando normalmente y todas las dependencias habían levantado el paro que las mantenía paralizadas, aceptando lo que los comunistas proponían.

Al procederse al nombramiento de los nuevos directores en las Juntas Directivas Paritarias, para el día 5 de diciembre estaba el proceso terminado y para sorpresa de muchos, predominó la elección de maestros comprometidos en el movimiento pro-autonomía y en algunos casos, con militancia comunista reconocida en los círculos universitarios. Al mismo tiempo, se procedió a la elección de los representantes alumnos

y magisteriales a la Comisión Paritaria encargada de elaborar la nueva Ley Orgánica, le cual quedó terminada para el nueve de diciembre, fecha en que ésta se instaló formalmente iniciando sus trabajos de inmediato.

Un día después, el 10 de diciembre de 1969, por primera vez en su historia, el Consejo Universitario se reunió para elegir con su voto al nuevo Rector, sin interferencias directas ni indirectas del Gobierno del Estado, honor que recayó en la persona del Dr. Oliverio Tijerina Torres, propuesto después de logrado un previo consenso entre los principales dirigentes del Sindicato de Trabajadores y del Consejo Estudiantil, ante la negativa de otros prospectos que no aceptaron tamaña responsabilidad. El Consejo Universitario aceptó por unanimidad la propuesta formulada por un maestro de filiación comunista, pues solo se registraron nueve abstenciones de 67 consejeros presentes.

Lamentablemente, es a partir de éste hecho que el Movimiento Estudiantil-Magisterial entró en un cada vez mas acelerado reflujó, dado que se carecía de un proyecto integral para la nueva Universidad que debía ser construida en el marco político recién conquistado para regir su vida interna. Debemos recordar que a la demanda de "autonomía" se fue llegando poco a poco, pues el movimiento se inició tras peticiones concretas y particulares: nuevo edificio para Ciencias Químicas, otro para Físico-Matemáticas, materiales de trabajo para Odontología, destitución de algunos Directores, etc. y solo después que fue propuesta por la Sociedad de Alumnos de Ciencias Químicas, se generalizó como alternativa respecto a los mecanismos de elección de las autoridades, pero no con una visión global respecto a los aspectos académicos — salvo la introducción del marxismo—, investigación científica o extensión cultural.

Mucho influyó también el reciente origen del Partido Comunista Mexicano en la Universidad, pues apenas había nacido formalmente en 1965 y contaba con menos de una quincena de adherentes, procedentes los principales de escuelas políticas no sólo muy diversas sino hasta encontradas entre sí; concentrados en unas pocas escuelas — Preparatoria No. Uno, Preparatoria No. Tres, Filosofía y Letras, Ciencias Químicas y en dos o tres mas militantes solitarios—; con influencia

desigual en sus Juntas de Maestros, aunque en su conjunto tenían presencia hegemónica en el Comité Ejecutivo del Sindicato de Trabajadores, a partir de la elección de su segundo Comité Ejecutivo. Por ello, no habían alcanzado todavía la necesaria unidad ideológica y las "grillas" e intrigas entre ellos eran casi cotidianas, amén de que pronto derivaron en la formación de auténticas capillas cada una en torno a su líder respectivo.

La Juventud Comunista, con una antigüedad de dos o tres años más, adolecía de esas mismas fallas y sus diversos clubs de base tendían a seguir a los comunistas que por una u otra razón les eran más confiables. Pronto perdió a varios de sus dirigentes más lúcidos pues unos se fueron al extranjero a continuar sus estudios y otros a la capital de la República. Además, cundió entre ellos el desencanto por los escasos cambios que había traído la autonomía. La Liga Leninista Espartaco desapareció aquí como tal al dividirse este grupo nacionalmente, pero siguió actuando con mucho vigor el llamado Movimiento Espartaquista Revolucionario, teniendo como motivación central la lucha contra el Partido y la Juventud Comunista, a partir de la tesis fundamental elaborada por su ideólogo José Revueltas, sobre la "inexistencia histórica del Partido Comunista". Por tanto, ellos se autodenominaban los auténticos comunistas de México, con la misión histórica de "construir el partido del proletariado mexicano".

Los maestros liberales avanzados no estaban organizados como tales y se movían siempre fieles a sus ligas particulares de amistad con tal o cual funcionario público, cuyas opiniones jamás se atrevían a cuestionar. No había, por último, un Comité Estatal del Partido Comunista con autoridad ni ante la Juventud Comunista —que gozaba de gran libertad de acción—, ni menos sobre la célula "Dr. Angel Martínez Villarreal", que agrupaba a los maestros comunistas entonces existentes, pues la crisis estallada en el seno de la dirección partidaria en 1967, había llevado finalmente a su disolución en febrero de 1968 por el Comité Central, dejando en su lugar una comisión provisional primero y un comité estatal después, con nula ingerencia en los problemas universitarios.

Todas estas tendencias existentes en el seno de la izquierda nuevoleonense vivían además, un rasgo común: su deseo ferviente de no

llamar demasiado la atención, de seguir actuando en una especie de semiclandestinidad libremente elegida, pues debemos recordar que estábamos apenas a un año de los brutales acontecimientos de la plaza de las Tres Culturas; con las cárceles de la capital llenas de maestros y estudiantes acusados de "disolución social"; con varios focos guerrilleros activos en Guerrero —Lucio Cabañas y Genaro Vázquez Rojas—... y otros desactivados en sus primeros pasos; con focos de descontento muy activos en Universidades de Sinaloa, Durango, Jalisco, etc., y por tanto, cuándo se desarrollaba una histórica campaña anticomunista en los medios masivos de comunicación estando en marcha una campaña electoral cuyo principal candidato era uno de los sospechosos de haber organizado la masacre de Tlatelolco. En esas condiciones era muy difícil elaborar un proyecto viable de nueva Universidad, que solo alcanzábamos a calificar de "científica, crítica, popular y democrática". Más todavía cuándo muchos representantes nacionales de las fuerzas de izquierda aquí presentes, no alcanzaban a entender las particularidades que hacían posible los avances democratizadores en la Universidad —ahora Autónoma— de Nuevo León, en medio de la reaccionarización generalizada que se vivía en todo el país; más todavía cuándo el nuevo Rector designó entre sus colaboradores de primer nivel a dos destacados comunistas y dirigentes del Sindicato de Trabajadores de la UANL: al Lic. Tomás González de Luna, como Secretario General, y al Lic. Rolando Guzmán Flores, como jefe del Departamento de Extensión Universitaria; y a otros dos más en posiciones de segundo nivel: Lic. Carlos Jiménez, del Departamento de Títulos y al Lic. José M. Pérez Sáenz, como jefe de Bibliotecas. Algo semejante no ocurría en ninguna otra Universidad de la República.

Naturalmente, aunque el Gobierno del Estado había aparentemente aceptado el resultado de ésta batalla, estaba muy lejos junto con sus patrocinadores: los grandes empresarios, de declarar perdida su guerra contra la izquierda. En todo caso, tan sólo era ocasión de esperar la oportunidad adecuada para reiniciar la ofensiva y reducir a un mínimo los alcances de la recién otorgada autonomía universitaria. Por otro lado, las nuevas autoridades centrales de la Universidad, aprovechando la relativa estabilidad que existía en las primeras semanas, se dedicaron a recorrer a todas las escuelas, facultades y demás dependencias, para

conocer su problemática particular y trabajar para formular un plan general que respondiera a las necesidades de la nueva Universidad. Al mismo tiempo, resolvían del mejor modo posible los problemas concretos que se iban presentando, así como aquellos que habían constituido las demandas más urgentes y sentidas del movimiento, tales como el problema del cupo en preparatorias y facultades, etc. (1)

El día 4 de enero de 1970, el Sindicato de Trabajadores de la UANL presentó su pliego peticionario para el convenio laboral de ese año, con un retraso explicable por la situación existente en la Máxima Casa de Estudios. Al día siguiente, en la tradicional Asamblea Representativa, se hizo el balance de los cambios políticos registrados en la Universidad, así como se acordó hacer todo lo necesario para acelerar la firma del nuevo convenio. En abril vimos el primer incidente entre las flamantes autoridades y cierta parte de los dirigentes estudiantiles pues al planearse la realización de la primera Brigada Universitaria al campo nuevoleonés, tocándole en esa ocasión al Ejido Vaquerías ser la sede del evento alguien propuso que se invitara al Gobernador del Estado para que encabezara dicha Brigada, lo que provocó una enojosa discusión y finalmente se rechazó por la mayoría de los presentes en la reunión.

Esto demostró que la llegada de la izquierda a los puestos de mando centrales de la Universidad no iba a lograr un clima de entendimiento generalizado y menos capaz de generar consensos. La derecha estaba animada por un fundamentalismo dogmático y un afán de revancha de tal naturaleza que solo concebía como solución el destruir a la izquierda, tanto de corte comunista como liberal avanzada. En el seno de la izquierda, particularmente la comunista o agrupada en la Liga Leninista Espartaco, existía también una visión radical ante su convencimiento de que México iba hacia una nueva Revolución, y por tanto, logros como los obtenidos por el Movimiento Estudiantil-Magisterial, eran sólo pasos previos en esa dirección. De ésta manera el diálogo izquierda-derecha era simplemente imposible y aún entre los liberales y los comunistas, herederos aquellos de la vieja Universidad del Dr. Enrique C. Livas, y estos relativamente recién llegados a la política universitaria, se daban numerosos prejuicios que también lo dificultaron, más todavía cuando

los comunistas seguían prisioneros del semiclandestineaje en el cual pudieron organizarse en los últimos años.

De aquí que palabras como las Pronunciadas alguna vez por el Rector Tijerina Torres, en el sentido de que "...preferimos una autoridad suave, guiadora, por considerar que es la que finca la democracia.." (2) se las llevara el viento pues las fuerzas extremas beligerantes tenían otros objetivos. Casi cuarenta años de historia no habían logrado borrar los radicalismos ideológicos y políticos vigentes en los primeros años de la Institución.

A mayor abundamiento, a nivel nacional continuaba el desarrollo de focos de tensión en varias universidades y otros lugares como era el caso del estado de Guerrero, en donde desde hacía varios años operaban los grupos guerrilleros de Genaro Vázquez Rojas y la del Prof. Lucio Cabañas. El 12 de febrero, por ejemplo, fue descubierto y apresado en la capital de la República un grupo de ciudadanos capitaneado por el periodista Mario Menéndez, Director de la conocida revista izquierdista "¿Porqué?", que pretendían organizar lo que llamarían el "Ejército Insurgente Mexicano".

En Nuevo León, también se hacía evidente el nacimiento de tendencias radicalizadas entre los estudiantes y jóvenes maestros universitarios, profundamente descontentos por los pobres resultados alcanzados con la autonomía y los cambios operados en la Universidad. Acontecimientos como el asalto a un cajero del Banco Mercantil, frente a la Fábrica de Focos "General Eléctric", ocurrido el 15 de enero de 1970, que arrojó un botín de \$ 136,320.29; y otro más unos meses después —Banco de Comercio, de Universidad y Keramos—, con un mayor resultado, pues cambiaron de dueño \$285,112.89, eran claro indicio de ello.

Finalmente, a lo largo de todo el año en el seno de la Juventud Comunista se fué profundizando una discrepancia ideológica y política en relación con la llamada vía armada de la Revolución, de tal manera que al celebrarse en la segunda quincena de diciembre el III Congreso Nacional de la organización, evento que tuvo lugar en Monterrey en una mal cuidada clandestinidad, concluyó con un rompimiento en sus filas y

una buena parte de los dirigentes y miembros de base se marginaron para pasar por su cuenta a la materialización de la vía armada.

Pero la razón de fondo que explica lo dicho radica en la circunstancia de que el modelo de desarrollo impulsado desde el Gobierno Federal en aquellos tormentosos años, que tuvo su más dramático clímax en los días de la expropiación petrolera en 1938, había resultado sumamente exitoso en Nuevo León y particularmente en su ciudad capital: Monterrey, que había pasado de 137,000 habitantes en 1930 a 860,000 en 1970. Su espectacular desarrollo se debió al crecimiento industrial, que llegó en 1970 a cerca de 6,000 fábricas con un poco más de 145,000 trabajadores. No sólo se desarrollaron las industrias pioneras en la ciudad (cerveza, vidrio, acero, etc.) sino que aparecieron un número muy elevado de nuevas líneas de producción, orientadas mayormente al mercado interior del país, pues el comercio exterior todavía era algo de excepción, poco estimulado.

Ahora bien, contrariamente a lo esperado por los impulsores de éste modelo de desarrollo sus impresionantes índices de crecimiento no se reflejaron en mejores niveles de bienestar para la población, ni tampoco en una "democratización" del capital. Todo lo contrario, las tendencias a las concentraciones monopólicas continuaron acentuándose y la distribución del ingreso se tornó aún más inequitativo. Los datos siguientes así lo demuestran: La Comisión de Fomento Industrial y Desarrollo Económico de Nuevo León, dependiente del Gobierno del Estado, al levantar un censo industrial en 1967 encontró que existían 5,372, de las cuales el 71.2% tenían capitales de treinta mil pesos o menos; el 22.7% de entre treinta mil y un millón de pesos; el 5.8% con cifras de un millón a cincuenta millones y sólo el 0.3% —15 grandes fábricas— tenían capitales arriba de los cincuenta millones de pesos. Ello determinaba que los grupos empresariales, visibles desde principios del siglo, se hubieran consolidado y constituyeran consorcios con participación decisiva en la industria, comercio, banca, etc. Por sobre todos ellos destacaban dos: el Grupo Cervecería-Vidriera y el Grupo Fundidora.

En cuanto a la distribución del ingreso, las cosas tampoco marchaban nada bien: Para 1965 los estudios empíricos reportaban que

Monterrey tenía la más desigual distribución del ingreso en un conjunto de ciudades latinoamericanas de parecido nivel. Las investigaciones demostraban que en ese año el 5% más alto de la población de Monterrey contaba con el 32.33% del ingreso familiar (antes descontar los impuestos) y el 5% más bajo apenas contaba con el 0.80%. Otro autor encontraba que en 1960 el 68% de la población regiomontana estaba formada por familias que recibían un ingreso menor al nivel mínimo de bienestar reconocido internacionalmente. Cinco años después la situación seguía prácticamente igual, pues el porcentaje respectivo había rebajado apenas un punto: 67%. (3)

Ahora bien, en la misma medida que los conflictos ideológicos y políticos entre los grandes empresarios y la burocracia política federal se fue haciendo menos tensos, al crecer sus coincidencias respecto al modelo en construcción desde los años treinta, fue naciendo un escenario basado en la existencia de dos grandes partidos: el oficial — Partido Revolucionario Institucional— que conservaba celosamente su carácter de "partido casi único", y el Partido Acción Nacional, que pese a su permanente demanda de democracia y elecciones creíbles, aceptaba con resignación su papel de oposición "leal" ante ciertos aspectos de la gestión gubernamental. Sin embargo, ambos coincidían en su rotunda negativa para aceptar una izquierda independiente, particularmente en el medio laboral y estudiantil. Por ello, en el marco de la política macartista de aquellos años, los activistas de izquierda habían sido completamente sacados de las posiciones de influencia social que pudieron disfrutar durante los años treinta.

No era extraño, por tanto, que se volvieran a utilizar viejos argumentos como los popularizados a finales de los veinte y principios de los treinta. "Para nadie constituye un secreto la filiación marxista-leninista de los principales dirigentes de la Universidad" afirmaba una inexistente "Unión Nacional de Acción Cívica". "Sin embargo — agregaba— el pueblo mexicano y la inmensa mayoría del estudiantado, repudian la ideología comunista totalitaria, y más adelante afirmaba: "Como resultado del sistemático plan elaborado por los mandatarios de inconfesables intereses en contra de nuestra Patria, y en especial de nuestra ciudad, se ha convertido a la Universidad de Nuevo León, a ciencia

y paciencia de los regiomontanos, en el más insano foco de agitación y en el refugio de espíritus mediocres, salpicados de un color rojo vivo". (4)

Aún aquellos como los supuestamente integrantes de un "Frente Pro-Dignidad Universitaria, A.C.", que reconocían Monterrey como "...una sociedad pluralista..." dentro de la cual no cabe "...otra solución que una Universidad pluralista..", e insistían que ésta debe ser "...campo propicio para la libre manifestación de las ideas, nunca tribuna facciosa e instrumento de propaganda..", a renglón seguido asentaban que "...el pueblo mexicano es un pueblo que repudia enérgicamente los movimientos facciosos que atentan a su historia y a su idiosincracia. Es un pueblo —decían— tradicionalmente cristiano, no comunista. Tiene su propia Revolución y a ¡mucho orgullo!—, sin tener que andar importando revoluciones de países totalitarios" (5) La posibilidad de que en una sociedad con tan brutales contrastes en el disfrute de la riqueza social, pudiera materializarse una explosión social como la que apenas había ocurrido en Cuba, era algo que preocupaba muy seriamente a la élite social de la entidad. De ahí porque su vehemente defensa del "tradicional cristianismo" y su repudio a todo lo que fuera cercano a lo que ellos consideraban "el peligro comunista totalitario".

A esta prédica constante en los medios masivos de comunicación se unieron medidas prácticas orientadas a dificultar y desestabilizar el trabajo de la Universidad. Entre esas medidas figuró la retención del subsidio federal, que se inició desde el mes de febrero y se prolongó a lo largo de todo el año.

Pronto se dió una nueva situación de deslinde político: estando próxima la gira del candidato presidencial oficial por el estado de Nuevo León, la representación estudiantil promovió la aprobación de un acuerdo en el Consejo Universitario —marzo 20— en dónde se establecía claramente que la Universidad Autónoma no participaría como Institución en ningún evento de la campaña electoral, y menos que se invitaría oficialmente al candidato oficial a entrar a las instalaciones físicas universitarias. La resolución fue rechazada por la Facultad de Leyes, que ya para entonces se había convertido en la oposición principal al nuevo estado de cosas existente en la Universidad, y llegado el momento,

con fecha 12 de abril, publicó un desplegado en la prensa diaria saludando no solo la visita del candidato Lic. Luis Echeverría Alvarez, sino "deseándole el éxito en su campaña proselitista". También apareció un material semejante firmado por membretes estudiantiles simulando un gran apoyo al priismo en todas las instituciones de educación superior del estado.

La gira fue, por cierto, un desastre comparado con el ambiente de triunfo que solían tener en el pasado. El Consejo Estudiantil publicó un desplegado recordando la masacre de Tlaltelolco y se dieron numerosos incidentes en donde los estudiantes mostraban su rechazo al proceso electoral. Incluso, el sector juvenil del PRI preparó un acto masivo de jóvenes conscriptos para supuestamente recibir con entusiasmo a su abanderado, pero el acto terminó en un gran desorden que tuvo que ser calmado por las fuerzas policíacas, sin que el candidato pusiera un pié en el recinto dónde se llevaría al cabo. Lo mas notable fue, sin embargo, que en dos o tres ocasiones el Lic. Echeverría se pronunció en contra "...de los negociantes metidos en la política. ." en obvia alusión a la figura del Gobernador Elizondo, presente, por cierto, en todos los actos públicos de la gira. Esto confirmaba una vez más que sus relaciones con el nuevo equipo de gobierno federal no serían cómodas.

Viviéndose todavía los ecos políticos de esa visita, la Rectoría de la Universidad, pese al agobio económico que ya pesaba sobre ella por la no entrega del subsidio federal, pudo llegar a un acuerdo satisfactorio con el Sindicato de Trabajadores para firmar en los marcos de lo establecido en la Ley del Servicio Civil del Estado, el Convenio de Trabajo para el año de 1970, con la novedad trascendente de que por primera vez se concedía la titularidad de la cláusula de admisión del personal técnico, administrativo y de intendencia, al Sindicato de Trabajadores. Con ello, éste consolidaba definitivamente su existencia y crecía enormemente su papel como factor en la vida interna universitaria. Naturalmente, alegando una serie de supuestos razonamientos legales, hubo oposición en los aparatos directivos de algunas escuelas, destacando el caso de la Facultad de Arquitectura que objetó, sin éxito, esa prestación alcanzada por el Sindicato.